

RIBERA DE LOS ALISOS

Los pinos son más viejos.
 Sendero abajo,
 sucias de arena y rozaduras
 igual que mis rodillas cuando niño,
 asoman las raíces.
 Y allá en el fondo el río entre los álamos
 completa como siempre este paisaje
 que yo quiero en el mundo,
 mientras que me devuelve su recuerdo
 entre los más primeros de mi vida.

Un pequeño rincón en el mapa de España
 que me sé de memoria, porque fue mi reino.
 Podría imaginar
 que no ha pasado el tiempo
 lo mismo que a diez años, a esa edad
 en que el dormir descansa verdaderamente,
 con los ojos cerrados
 y despierto en la cama, las mañanas de invierno,
 imaginaba un día del verano anterior.

Con el olor
 del polén de los pinos.
 Pero están estos cambios apenas perceptibles,
 en las raíces, o en el sendero mismo,
 que me fuerzan a veces a deshacer lo andado.
 Están estos recuerdos que sirven nada más
 para morir conmigo.

Por lo menos la vida en el colegio
 era un indicio de lo que es la vida.
 Y sin embargo, son estas imágenes
 -una noche a caballo, el nacimiento
 terriblemente impuro de la luna,
 o la visión del río apareciéndose
 hace ya muchos años, en un mes de setiembre,
 la exaltación y el miedo de estar solo
 cuando va a atardecer-
 antes que otras ningunas,
 las que vuelven y tienen un sentido
 que no sé bien cuál es.

La intensidad
 de un fogonazo, puede que sólomente,
 y también una antigua inclinación humana
 por confundir belleza y significación.

Imágenes hermosas de una historia
 que no es toda la historia.
 Demasiado me acuerdo de los meses de octubre,
 de las vueltas a casa ya de noche, cantando,
 con el viento de otoño cortándonos los labios,
 y de la excitación en el salón de arriba

junto al fuego encendido, cuando eran familiares
 el ritmo de la casa y el de las estaciones,
 la dulzura de un orden artificioso y rústico
 como los personajes
 en el papel de la pared.

Sueño de los mayores, todo aquello.
 Sueño de su nostalgia de otra vida más noble,
 de otra edad exaltándoles
 hacia una eternidad de grandes fincas,
 más allá de su miedo a morir ellos solos.
 Así fui, desde niño, acostumbrado
 al ejercicio de la irrealidad,
 y todavía en la melancolía
 que me queda de entonces,
 hay rencor de conciencia engañada,
 resentimiento demasiado vivo
 que ni el silencio y la soledad lo calman,
 aunque acaso también algo más hondo
 traigan al corazón.

Como el latido
 de los pinares, al pararse el viento,
 que se preparan para oscurecer.
 Algo que ya no es casi sentimiento,
 una disposición
 de afinidad profunda
 con la naturaleza y con los hombres,
 que hasta la idea de morir parece
 bella y tranquila. Igual que este lugar.

INTENTO FORMULAR MI EXPERIENCIA DE LA GUERRA

Fueron, posiblemente,
 los años más felices de mi vida,
 y no os extrañe, puesto que a fin de cuentas
 no tenía los diez.

Las víctimas más tristes de la guerra
 los niños son, se dice.
 Pero también es cierto que es una bestia el niño:
 sí le perdona la brutalidad
 de los mayores, él sabe aprovecharla,
 y vive más que nadie
 en ese mundo demasiado simple,
 tan parecido al suyo.

Para empezar, la guerra
 fue conocer los páramos con viento,
 los sembrados de gleba pegajosa

y las tardes de azul, celestes y algo pálidas,
 con los montes de nieve sonrosada a lo lejos.
 Mi amor por los inviernos mesetarios
 es una consecuencia
 de que hubiera en España casi un millón de muertos.

A salvo en los pinares
 -pinares de la Mesa, del Rosal, del Jinete...-
 el miedo y el desorden de los primeros días
 eran algo borroso, con esa irrealidad
 de los momentos demasiado intensos.

Y Segovia parecía remota
 como una gran ciudad, era ya casi el frente;
 o por lo menos un lugar heroico,
 un sitio con tenientes de brazo en cabestrillo
 que nos emocionaba visitar

-la guerra
 quedaba allí al alcance de los niños
 tal y como la quieren.

A la vuelta, de paso por el puente Uñés,
 buscábamos la arena removida
 donde estaban, sabíamos, los cinco fusilados.
 Luego la lluvia los desenterró,
 los llevó río abajo.

Y me acuerdo también de una excursión a Coca,
 que era el pueblo de al lado,
 una de esas mañanas que la luz
 es aún, en el aire, relámpago de escarcha,
 pero que anuncian ya la primavera.
 Mi recuerdo, muy vago, es sólo una imagen,
 una nítida imagen de la felicidad
 retratada en un cielo
 hacia el que se apresura la torre de la iglesia,
 entre un nimbo de pájaros,
 y los mismos discursos, los gritos, las canciones,
 eran como promesas de otro tiempo mejor,
 nos ofrecían
 un billete de vuelta al siglo diez y seis.
 ¿Qué niño no lo acepta?

Cuando por fin volvimos
 a Barcelona, me quedó unos meses
 la nostalgia de aquello. Pero me acostumbré.
 Quien me conoce ahora
 dirá que mi experiencia
 nada tiene que ver con mis ideas,
 y es verdad: mis ideas de la guerra cambiaron
 después, mucho después
 de que hubiese empezado la posguerra.

A ROOM WITH A VIEW

Es la lluvia sobre el mar.
En la abierta ventana,
contemplándola, descansas
la frente en el cristal.

Imagen de unos segundos
quietos -a contraluz-
tu cuerpo distinto, aún
de la noche desnudo.

Y te vuelves hacia mí
sonriéndome. Yo pienso
en cómo ha pasado el tiempo,
y te recuerdo así.

DÍAS DE PAGSANGJAN

Como los sueños, más allá
de la idea del tiempo,
hechos sueño de sueño os llevo,
días de Pagsangján.

En el calor, tras la espesura,
vuelve el río a latir
moteado, como un reptil
-y en la atmósfera oscura

bajo los árboles en flor,
relucientes, mojados,
cuando a la noche nos bañábamos,
los cuerpos de los dos.

VOLVER

Mi recuerdo eran imágenes,
en el instante, de tí:

esa expresión y el matiz
de los ojos, algo suave

en la inflexión de tu voz,
y en tus bostezos furtivos
de lebre que ha maldormido
la noche en mi habitación.

Volver, pasados los años,
hacia la felicidad.
Para verte y recordar
que yo también he cambiado.

LOCA

La noche, que es siempre ambigua,
te exaspera: color
de ginebra mala, son
tus ojos unas bichas.

Yo sé que vas a romper
en insultos y en lágrimas
histéricas. En la cama,
luego, te calmaré

con besos que me da pena
dártelos. Y al dormir
te apretarás contra mí
como una perra enferma.

HAPPY ENDING

Aunque la noche, conmigo,
no la duermas ya,
sólo lo sabe el azar
si es definitivo.

Que aunque el gusto nunca más
vuelve a ser el mismo,
en la vida los olvidos
no suelen durar.

DESEMBARCO EN CITEREA

Como la luz, la música
tiene una calidad fosforescente y suave
de sueño revivido. Cerca el mar
y la noche tranquila sobre el gran paseo
le esperan, despertándole
la rara y tenue sensación de estar
que se siente en las islas y en los bares.

De vivir en la arena, bajo el sol,
son nobles esos cuerpos
y capaces de hacer llorar de amor
a una nube sin agua, en los que el beso
deja un sabor de sal en la saliva,
gusto de libertad que hace soñar
y sobreexcita al extranjero.

Cuando vaya a dormir
a solas y muy tarde, la nostalgia
sucederá a la envidia y al deseo.
Nostalgia de una edad del corazón
y de otra edad del cuerpo,
para inventar de noche en las playas
el mundo, de dos en dos.

No sólo desear, pero sentirse
deseado él también: es ese sueño,
el mismo sueño de su adolescencia,
cada vez más remoto... Porque le apremia el tiempo
y en amor -él lo sabe-
aunque no tiene aún que dar dinero
tiene ya que dar inteligencia.

Mañana por la noche, sin luna, sobre el mar,
volando hacia su casa,
irá con él la imagen de estos cuerpos
dorados, y en su imprecisa gracia
sentirá que la inquieta un reproche
doloroso y trivial, como el recuerdo
de una deuda olvidada.

PEEPING TOM

Ojos de solitario, muchachito atónito
que descubrí mirándonos
en aquel pinarcillo, junto a la Facultad de Letras,
hace más de once años,

tu recuerdo es curioso con qué reconcentrada
intensidad de símbolo,
va unido a aquella historia,
mi primera experiencia de amor correspondido.

A veces me pregunto qué habrá sido de tí.
Y si ahora en tus noches junto a un cuerpo
vuelve la vieja escena
y todavía espías nuestros besos.

Así me vuelve a mí desde el pasado
como un grito inconexo
la imagen de tus ojos. Expresión
de mi propio deseo.

EL JUEGO DE HACER VERSOS

El juego de hacer versos
-que no es un juego- es algo
parecido en principio
al vicio solitario.

Con la primera muda,
en los años nostálgicos
de nuestra adolescencia,
a escribir empezamos.

Y son nuestros poemas
del todo imaginarios
-demasiado inexpertos,
ni siquiera plagiamos-

porque la Poesía
es un ángel abstracto
y, como todos ellos,
predispuesto a halagarnos.

El arte es otra cosa
distinta. El resultado
de mucha vocación
y un poco de trabajo.

Aprender a pensar
en renglones contados
-y no en los sentimientos
con que nos exaltábamos-,

tratar con el idioma
como si fuera mágico
es un buen ejercicio,
que llega a emborracharnos.

Luego está el instrumento
en su punto afinado:
la mejor poesía
es el Verbo hecho tango.

Y los poemas son
un modo que adoptamos
para que nos entiendan
y que nos entendamos.

Lo que importa explicar
es la vida, los rasgos
de su filantropía.
Aunque, de cuando en cuando,

si alguna de esas noches
que las carga el diablo
uno piensa en la historia
de estos últimos años,

si piensa en esta vida
que nos hace pedazos
de madera podrida,
perdida en un naufragio,

la conciencia le pesa
-por estar intentando
persuadirse en secreto
de que aún es honrado.

El juego de hacer versos,
que no es un juego, es algo
que acaba pareciéndose
al vicio solitario.